

ELEGIR LO POSIBLE Y ESCOGER LO MEJOR¹

Miquel Izard

Universidad de Barcelona

Compañeros de historia
tomando en cuenta lo implacable
que debe ser la verdad, quisiera preguntar
- me urge tanto -,
¿qué debiera decir, qué frontera debo respetar?
¿Hasta donde debemos practicar las verdades?

Silvio Rodríguez

Si demasiados historiadores escamotean o camuflan el pasado (se les contrata para esto) algunos creadores no tienen reparos en denunciar lo ocurrido. Así Günter Grass fue contundente sobre el V Centenario, «Se arrasaron razas, se destruyeron grandes culturas. Se asesinó, torturó y saqueó en nombre de Cristo ¿Qué es lo que hay que celebrar de eso?»²

Cuando Colón, buscando llegar al Asia, tropezó con las Antillas se pasmó ante belleza del paisaje y calidad humana de sus moradores y sólo encontró una explicación, había dado con el Paraíso. Posteriormente, al decidir los agresores conquistar territorios y esclavizar aborígenes, se organizó una apocalíptica canallada, por el papel jugado

1 . «Elegir lo posible y escoger lo mejor entre lo posible, aunque no fuera lo ideal», es frase casi final (311) de Luciano Pereña Vicente, *Misión de España en América, 1540-1560*, (Madrid, 1956, CSIC, 320), premio Raimundo Lulio 1954. Un estudio sobre cuatro juristas Carranza, Cano, Covarrubias y Peña.

En esta entrega las cursivas son mías.

2 . Cfr. *El País*, 10/04/92.

por los canes como animales de guerra y verdugos.³ Para neutralizar sobrecogedoras protestas al saberse lo que se perpetraba (buena parte de las denuncias surgieron en Castilla) Corona, Iglesia o conquistadores encargaron panfletos, para enmascarar o tergiversar lo acontecido, base de una Leyenda apologética y legitimizadora (en adelante **Lal**). A finales del siglo 19, al conocerse atrocidades del ejército colonial en Cuba, resurgió la denuncia y muchos tendieron a compararlas. El desprestigio del gobierno español creció con campañas internacionales por el asesinato legal de Ferrer Guardia y en respuesta se desempolvó la **Lal** que poco después devino uno de los pilares ideológicos del fascismo español durante la guerra civil y la dictadura franquista. El discurso, apenas maquillado, se utilizó en los fastos del 92. Esta nueva entrega trata, precisamente, de la variante de la **Lal** elaborada por sacerdotes, jerarcas y la Comisión Episcopal española para el V Centenario (en adelante **CE**).⁴

Falacia eje de la **Lal** sugiere, entre otros móviles de la colonización castellana, el afán de propagar el evangelio e implantar el catolicismo en América y que la religión para la monarquía, tanto en Castilla como en América, no fue uno de los rostros de la represión, olvidándose, es un decir, de la Inquisición. Dicho de otra forma, con la evangelización no se habría buscado consolidar la conquista, sino ganar almas para la fe⁵. Así, según el Guión de la **CE** «La evangelización», «Este era uno de los deberes primordiales de la Corona, bajo el cual se justificaba la conquista» o «Los misioneros defendieron a los indígenas, influyeron en las leyes civiles para que fueran más humanas [...], llevaban el agua, enseñaban a cultivar la tierra» (C2G4). El profesor Piña⁶ es tajante «cristianizar es castellanizar»(76); afirmaba páginas antes que en las Indias y «en Castilla, la Monarquía tenía como obligaciones primordiales a cumplir: defender y propagar la religión [...], mantener la paz, la justicia y las libertades, defender el territorio y procurar el bien común»(70).

Sacralizar la evangelización puede ir a más, utilizar el parecer de frailes y obispos como autoridad incuestionable, como prueba de que no hubo crueldades o para

3 . Sorprende el encubrimiento de la importancia de los mastines cuando hay referencias por todas partes. José Oriol Ronquillo, por citar un caso extremo, los cita en su *Diccionario de materia mercantil, industrial y agrícola* (Barcelona, 1857, Imprenta de José Tauló, IV, 101), «en una época muy reciente, la de la conquista de la América por los Españoles, vióse también a éstos animales representar un papel importante en los combates contra los Indianos».

4 . Entre otras publicaciones la Comisión viene editando unos cuadernos con «Guiones de reflexión y trabajo» pensados como ayuda para profesores de enseñanza secundaria. En las citas se indica la procedencia con una C para los cuadernos y una G para cada uno de los guiones dentro de estos.

5 . Parecer sostenido también por personas vinculadas al actual gobierno socialista español, para el profesor Rubert, en su panegírico de la transición española al parlamentarismo, «Nunca, antes ni después de la evangelización española del siglo XVI, 'una cultura conquistadora se ha impuesto semejante obligación de conocer, analizar y relatar la tradición cultural y espiritual de los pueblos conquistados'. Y ello no por obra y gracia de unos pocos espíritus 'modernos' que, en contra de la evangelización, se interesan 'científicamente' por estas culturas, sino gracias al propio talante evangelizador de sus protagonistas» (29). O hablando de los jesuitas, sostiene, todavía más sibilina, «no dudan en traicionar los 'intereses' de España y los 'derechos' de la Corona en nombre de la soberanía popular» (66).

6 . Román Piña Homs (Palma 1937), es catedrático de Hª del Derecho y director del Departamento de Derecho Público de la Universitat de les Illes Balears i coordinador general en dichas islas para los actos americanistas del 92.

sostener que aquélla no sólo implicaba salvación de las almas sino también civilización para los aborígenes; tesis central de Borges, «La cristianización del indio, lejos de aparecer como un simple cambio de religión, se concibió además como un perfeccionamiento de la persona del nativo en el orden puramente material»(5).

1. EL MAYOR GENOCIDIO DE LA HISTORIA HUMANA

Dada la envergadura de la canallada incluso se ven obligados a mencionarla quienes escriben para escamotearla; el jesuita José de Acosta habría denunciado en su *De Procuranda Indiorum Salute* «Las perversiones y ambiciones de los conquistadores, su crueldad, represión y desprecio por los indios, sus terribles guerras civiles y divisiones internas. Los defectos de los malos clérigos [...] dominados por la avaricia del oro y del dinero, frívolos en su predicación. La esclavitud a que son sometidos los indios por Derecho de guerra y de conquista». Y habría habido incluso quien dio «su vida en defensa de los indígenas y derechos humanos como el Obispo Antonio Valdivieso en Nicaragua» (C2G4)⁷.

Algunos funcionarios de la **Lal** califican la agresión alemana en Venezuela como el resto de la conquista occidental, pero dice Montalbán «Para colmo de males, esta región cayó en manos de la casa bancaria alemana Welzer [...] que] envió a Maracaibo en 1527 al bandolero Alfinger [a Hutten, Spira] quienes con sus excesos, al decir del mismo Las Casas, superaron en crueldad a todos los españoles» (357-358). Y Borges menciona la «Doctrina christiana y catecismo para instrucción de indios», del tercer Concilio de Lima, 1584, que decía «y mirad que no duermen hermanos y hermanas todos juntos, como muchos hacéis. Eso es de bestias y no de hombres [...]. Que por este *pecado* y otros que tenéis ha permitido Dios que andéis *perseguidos y hechos esclavos* como si fuédes bestias» (177).

Bayle aporta información dantesca y justificaciones estrafalarias. Afirma al principio de una de sus obras, «Sencillos labradores o hidalgos de aldea [...], según el recio decir de Las Casas desbarrigaban salvajes sin pestañear, o los aperreaban con sus alanos, o quemaban caciques, en buena guerra o en represalias de mal consejo. Se jugaban la vida propia a cada paso; no iban a estimar la de los brutos naturales, ni reparaban en golpe más o menos. Así es la condición humana, de todos los pueblos y de todas las épocas: así son, han sido y serán todas las conquistas; y más cuando los vencidos llevan en la frente el sello de la barbarie, y en los hechos, indicios para dudar si tras la bronca corteza se esconde, tan escondida que apenas se trasluce, alma racional» (1945, 4).

En obra anterior sostenía que las crueldades, taras del género humano, se deberían a la violenta naturaleza americana, al salvajismo de unos aborígenes que, incapaces de advertir los bienes de la civilización traída por los castellanos, intentaron oponerse o fueron incapaces de reaccionar, «Que éstas [crueldades] abunda-

7. Dominico, amigo y seguidor de Las Casas, enviado a Nicaragua el 1544 y asesinado el 1549 en León por un encomendero al que acusaba de crueldad y violencia.

ran en los albores de la conquista, es claro: basta pensar en aquellos grupos impalpables de hombres que se metían por tierras infinitas, sembradas por la naturaleza de espantos y por la barbarie de crueldades: de tejas abajo no tenían los conquistadores otra ayuda que los aceros: al menor eclipse de sus bríos, al más leve temblor de sus manos, se perdían irremisiblemente. En tales circunstancias los corazones se endurecen, los ojos miran la muerte propia y ajena como lance cotidiano de la jornada; el instinto de conservación se torna más vivo y fácil a saltar los linderos de la justicia. *Es ley de la humanidad*; de los españoles y de todos los pueblos./ Como lo es asimismo la tendencia al abuso despótico en el poder rodeado de turbas débiles, *abyectas*, que se resignan a sufrir, a tolerar agravios. Raza que se encoge dispuesta a la esclavitud cae irremisiblemente en ella: los tiranos, si los hay, brotarán por generación espontánea./ Sería necedad e ignorancia [...] negar que hubo atropellos [...] crueldades, algunas que revuelven el alma y aún el estómago [...] los españoles, hombres fueron, no ángeles, y flaquezas humanas aparecen a modo de borras en el magnífico tapiz de sus hazañosos hechos» (1934, 40).

2. LA LEYENDA APOLOGÉTICA Y LEGITIMIZADORA

2. 1. La maravilla que fueron las Indias

Actuando Castilla por mandato divino su colonización no sólo fue ejemplar, llegó a sublime. Se puede decir concisamente, «La encomienda [purificada de abusos] era un progreso sobre la organización anárquica de los indígenas» (C1G3), y para Fuente, Cortés «estableció los derechos humanos en Méjico, abatió una estructura corrupta de poder y terminó con la sangrienta idolatría de los sacrificios humanos. Algo parecido sucedió con la conquista del Perú por Pizarro» (27).⁸

8. El sacerdote y prolífico escritor A.G. Fuente de la Ojeda es acérrimo defensor de determinada valoración de la conquista y colonización de América y, a la vez, de la beatificación de Isabel I, así como de recuperar la voz Hispanidad frente a Latinoamérica o Iberoamérica. En el prefacio y primer capítulo de *V Centenario. Fiesta de la Hispanidad* muestra con toda nitidez sus intereses y preocupaciones. Sostiene que «el Descubrimiento de América se hizo bajo el signo del Catolicismo y es ahí donde duele y surge el epicentro mismo de la apasionada controversia actual. La consigna y el leiv motiv de la celebración del V Centenario de la gesta y la epopeya que España protagonizó hace ya medio mileno, debe hacerse no bajo el signo de la Cruz de Cristo y el estandarte de Isabel la Católica sino bajo la bandera del *Encuentro de Culturas, hermanadas todas ellas en el signo de la Hoz y el Martillo* o la *Escuadra y el Compás*» (13). Admirador de Francisco Franco, Ricardo de la Cierva (lo califica reiteradamente de «ilustre historiador»), Vasconcelos, Cela o Ricardo María (sic) Cárcel, ataca con virulencia, por sus opiniones sobre lo acontecido en América a partir de 1492, a Joan Gomis, presidente de Justicia i Pau, Luis Yáñez, los autonomistas catalanes y vascos, el Centro de Estudios de los jesuitas en Cataluña, *Cristianisme y Justicia*, los partidarios de la Teología de la Liberación, los indigenistas, «la nueva bandera político-eclesial que viene a sustituir a la vieja y fracasada *lucha de clases* del Marxismo» (22), Albert Manent al que tiene por separatista (102), Miguel Batllori, el Consejo Mundial de las Iglesias, que junto con los indigenistas y «el pacifismo de los 'ecologistas' de todo pelaje y condición. Todos ellos [...] de la misma cuerda. Todos se mueven al compás del Director de orquesta que les dicta la letra y música de su canción anticatólica y antiespañola». El libro concluye con tercer apéndice «La versión judía del V Centenario» en el que denuncia una campaña de manipulación de «El diario ABC, siguiendo las consignas de su directiva financiera, cuyo capital mayoritario es judío» (161).

Las Leyes de Indias son otra falacia eje de la Lal, «Hay dos notas características de este derecho indiano: 1ª La protección y expansión de la religión católica./ 2ª La protección y defensa de los indígenas./ El derecho indiano tiene un gran humanismo, un alto espíritu de justicia y celo por defender a los más débiles [...]. También es cierto que aunque las normas eran buenas, en algunos casos no se cumplieron [...]. No obstante ahí quedó el ideal al que había que llegar» (C2G3). También para Bayle son definitivas; dice en el sexto capítulo «¿Quién despobló a América?», «Quedan los vejámenes de la vida ordinaria, los repartimientos, el servicio personal, las mitas ... Y hemos de demostrar que los abusos graves no fueron norma, no lo podían ser, contra las leyes apretadas en favor del indio, contra la conciencia justa de los gobernantes». Añade que los conquistadores no fueron culpables de las enfermedades, «En cambio se les deben a los españoles las *medicinas*, la higiene, el cuidado paternal muchas veces, los hospitales *siempre*. Porque los encomenderos, duros de entrañas, curaron a los indios por ley, por interés propio, por caridad cristiana» (1934, 147 y 164).

Muchos apologistas no sólo sostienen el carácter benéfico de las leyes, además se habrían adelantado a su tiempo, dice Bayle «Porque entre los litigantes, el indígena avasallado por tradición secular y el altivo castellano u opulento criollo, terció el poder real en su carácter de amparador y curador del débil; y el peso de su autoridad lo puso siempre al lado del pueblo, de los trabajadores [...]; las conquistas que en Europa se han logrado por huelgas, por revoluciones, por odios y miedos, allí las hizo la caridad cristiana, más seguras, más extensas, más firmes, más humanitarias. Por entonces no había en el mundo obreros tan amparados por la ley como los pobres indios de América», había «En las minas todas, religiosos o curas, para la asistencia espiritual, y tiempo libre en que instruirse: hospital para los enfermos [...]. Abundancia de víveres, tasados por las justicias a precio inferior al ordinario [...]» (1934, 216 y 218). Y va más allá, favorecían a otros, «Los negros [...] de las haciendas o minas, se regían en buena parte por las leyes de los indios, a quienes sustituyeron. Con lo cual se significa que su suerte fue en sí humana, suave, en cuanto cabe la suavidad en la esclavitud» (1934, 333).

Con frecuencia las leyes se acataban pero no se cumplían, pero afirmaba Bayle, «si ha habido en el mundo colección de gobernantes cristianos, temerosos de Dios y cumplidores, hasta el exceso, de las órdenes del Rey, fueron los gobernantes de Indias: con las excepciones, en personas y casos, inherentes a la flaqueza humana» (1934, 267).

Siendo las Indias una maravilla era punible toda resistencia, para Bayle los cimarrones de Panamá, «Dieron mucho en que entender, pues aparte de los robos y asesinatos, en caminos y estancias, *llegaron* en alguna ocasión a formar ejército y proclamar rey, amenazando la tranquilidad política, brindando el refugio de sus escondrijos a vagabundos y alborotadores, incitando a la revuelta de esclavos y ofreciendo seguro desembarque y apoyo a los piratas, codiciosos de asentar establemente el pie en las tierras españolas [...]. Era preciso escarmentar y atemorizar; y la audiencia de Tierra Firme dictó un auto por el que se castigaba con terrible mutilación a los negros alzados» (1934 340).

2. 2. Sacralización del sistema

La *Lal* no debe sólo enmascarar la agresión; como parte de la Historia Oficial uno de sus cometidos primordiales es celebrar la cultura occidental y su extensión a todo el orbe. Manifiesta que los aborígenes, sin distinguir naciones autosuficientes de estados excedentarios, eran bárbaros y atrasados y sólo podían salir de la miseria adoptando el capitalismo. Así Piña cita documento del siglo 18, afirmando que los misioneros «han levantado a estos indios para que salieran de su pobreza» (100) y sostiene que era plan de Gálvez y Serra «impulsar a todos los indígenas a establecerse definitivamente en poblados [...]. Allí aprenderán a cultivar la tierra; ésta será de su propiedad y la podrán legar a sus herederos». E insiste, sobre el último argumento, Gálvez «sueña con un territorio próspero y de hombres libres, ajenos al paternalismo colectivista ensayado por la Compañía [...] quienes les negaron siempre a los neófitos el derecho de poseer y de heredar, para mantenerlos esclavos» (91-92). Bayle es más explícito, «El indígena, que en los días prehispanos fue máquina, vióse propietario con todas sus ventajas económico-morales; despertóse el amor al trabajo, el ahorro, el pensar y obrar por sí y para sí» (1934, 240). Además de propiedad o laboriosidad debían inculcárseles otras virtudes, «El primer paso pastoral de estos misioneros fue hacer gustar a los indígenas el amor a la familia [...] y conseguir que la institución matrimonial fuera el núcleo civil y religioso de la nueva sociedad. Después vino la dignificación del trabajo manual como medio de mejorar la existencia» (C3G4).

Para Borges los aborígenes ni tan sólo eran salvajes, todavía no eran gente, «El paganismo se consideraba ya de por sí como una especie de barbarie en atención a que entrañaba la práctica de una serie de costumbres que entonces se consideraban antinaturales. [...] el indio, para ser cristiano, necesitaba primero ser hombre, es decir, abandonar las costumbres 'agrestes y ferinas', que lo asemejaban a las bestias salvajes, y practicar las propias de las personas civilizadas» (6/7). Más adelante no afirma lo mismo, pero introduce una gradación, «Frente a tan numerosas y diversas modalidades culturales o de civilización, el misionero se presentó con otra mucho más avanzada» (18). Fieras o salvajes debían domesticarse tarea según Borges de los misioneros y «En las instrucciones entregadas en 1516 a los religiosos jerónimos [...] se distinguieron implícitamente cuatro clases de policía [...]./ Dentro de la primera se incluyen aspectos como el que los indios anduvieran vestidos y que durmieran en camas. La segunda abarcaba la vivienda individual con la propia familia y la monogamia. La tercera suponía el aprendizaje de oficios manuales, la guarda de las herramientas y la acertada administración de los bienes propios. Finalmente la cuarta equivalía a la posibilidad de saberse *gobernar* en poblados, sin necesidad de gobernadores o administradores españoles» (56-57).

Prosigue Borges insistiendo en el aspecto de la nueva cultura que más interesaba a los misioneros, «el trabajo, el cual constituía de por sí una terapia para la cura de un mal de los nativos que estaba reñido con la civilización y hasta con el cristianismo. Era el mal de la ociosidad, causa [...] de todos los vicios» (201). Los civilizadores lo combatieron sólo llegar, con la intención, ensayada en al-Andalus, de explotar a los *salvajes*. La problemática, injusta y confusa, dio pie a cantidad de esca-

moteos. Para Bayle «hubo otro motivo o si se quiere otra ocasión de que la injusticia se abalanzara sobre la debilidad [...]. El indio, por temperamento, por hábito y por falta de estímulo, rehusaba cualquier faena [...]. Evidentemente, al llegar la civilización, dio un vuelco al estado social: había que crearlo todo: agricultura, ganadería, artesanía, caminos, puentes, ciudades. Las cabezas directoras fueron españoles: los brazos habían de ser indios: por necesidad ineludible, so pena de seguir bárbaro o salvaje aquel mundo» (1945, 4-5).

La cuestión preocupaba al jesuita quien volvía sobre ello en la otra obra que he utilizado, «Para seguir de gañanes, no hay quien deje la patria y se ponga a los mil peligros de hambres, enfermedades y muertes con que las Indias brindaban a los chapetones». Puestos a buscar excusas se puede acudir a otras más rocambolescas, «aunque los españoles quisieran trabajar, les fuera imposible de toda imposibilidad. Porque las tierras las habían de conquistar; y conquistadas, defender de las tribus o pueblos indígenas, y defendidas, desbrozar de la selva hosca; trabajo incomportable, más duro por el espectáculo de los indios ociosos, adormilados al pie de las ceibas « (1934, 175-176).

2. 3. Excelsos e infames

Como enfatizó Todorov, la primera violencia de los conquistadores fue con el lenguaje, buscando palabras castellanas para aspectos de las culturas aborígenes intraducibles por el abismo que las separaba; más tarde la **Lal** ha seguido perpetrándolo a veces de manera directa, mencionando fabulosos europeos frente a malvados indios. Fuente dedica su libro «A los caballeros de la Conquista [...]. A todos los heroicos protagonistas de la epopeya americana, en el V Centenario [...] gesta que conmemoramos en el 1992» (9). Según el mismo sacerdote, «Por esto resulta retrógada y troglodita - amén de suicida - la actitud de ciertas agrupaciones indigenistas que asumen como signo de humanidad y de progreso la renuncia a la superior cultura cristiana para volver al canibalismo de las tribus salvajes o la crueldad de los sacrificios humanos impuestos por la civilización azteca [...] que reniegan del 1492, fecha que les abrió las puertas de la Civilización y la Cultura, para exaltar la *edad de la piedra* y la barbarie de sus antepasados» (65). En otras ocasiones el ditirambo es críptico, «No se ha subrayado como se merece, el hecho de que la conquista de América en gran medida fue obra de jóvenes. Los hombres que ganaron las Indias vivían la edad de las grandes locuras, de la ambición sin freno, de los grandes impulsos renovadores. Todo el mundo, de la conquista - ilusorio, heroico, sanguinario, recibe un golpe de luz ante esta consideración [...]. Los hombres maduros, que tampoco faltaron, solían ser recios de cuerpo y pletóricos [sic] de aliento juvenil, porque así lo requerían las empresas que acometieron» (C3G2). El mismo folleto, hablando de Cortés, perpetra confusión similar no sé si muy moral: «Pronto cogió fama de hombre galante, valeroso, sufrido y algo *atrevido* tocante a mujeres» (C3G2).

Los calificativos, al margen de falsos, pueden alcanzar tono muy peyorativo. El obispo González menciona entre los handicaps enfrentados por los misioneros, «suciedad personal del indígena [...]. La condición intelectual [...] escasa capacidad mental

[...] imposibilidad de fijar la atención[...] pasividad e inconstancia» (10-11). Parecer que repite Borges, el primer obstáculo enfrentado por el misionero como evangelizador no fue tanto el paganismo de los indígenas como «la falta de preparación del indio, tanto desde el punto de vista intelectual como moral, para comprender y practicar la nueva religión» (9). Descalificación que puede ir en aumento; sostiene que a partir de 1573, conquistados los estados aborígenes, se inició la civilización de los pueblos autosuficientes, «Esta penetración pacífica [enfrentó dificultades y supuso] habérselas con indios de cultura tan rudimentaria que suelen merecerle a sus propios civilizadores o a los *historiadores* de su labor el durísimo pero gráfico calificativo de que más que hombres parecían fieras» (21). La cuestión le obsesiona, pues si los estados se sometieron en pocos años las naciones autosuficientes ofrecieron tenaz resistencia, durante el período colonial y buena parte del siglo 19. Rechazo que ha provocado discurso grotesco y racista, «la mayor parte de los misioneros civilizadores que consignaron expresamente el hecho de la racionalidad del indio, lo harán con la salvedad de que esos mismos indígenas a los que defendían eran hombres aunque no lo parecieran, que eran personas racionales aunque se asemejaban a los irracionales, de la misma manera que quienes describen la degradación en que vivían muchos indígenas dirán que lo hacían como brutos o como bestias, o que más que personas parecían monstruos o fieras» (25).

Los africanos suelen merecer trato peor, decía Bayle de los de Lima «La costumbre de libertarlos llegó a parecer a algunos excesiva, quizás por la holganza y bellaquerías a que se entregaban al sacudir las ataduras» (1934, 350).

Si la **Lal** descalifica así a los aborígenes el abuso se extiende a sus defensores, para el jesuita Montalbán, «Con sólo leer un párrafo, cae en la cuenta cualquier historiador *sensato* que el estilo de Las Casas no es histórico, sino de un apasionamiento *inexplicable*» (336).

2. 4. De una época y una moral

Para la **Lal** acontecimientos del siglo 16 no deben juzgarse con criterios morales actuales. Según sugiere la **CE** «Conviene tratar este tema [gobierno] con objetividad [...]. No siempre se pueden aplicar los criterios de hoy» (C1G7). O «El europeo domina al indígena y lo sojuzga. No podemos ocultarlo, ni avergonzarnos. Eran los esquemas de otros tiempos» (C2G2). Bayle, en peculiar justificación, dice por su parte, «Para que la conquista de América esté en su propia luz, debemos presuponer que los españoles todos, desde el Rey al último aventurero, daban por indiscutible su derecho al dominio de aquellas regiones, a someterlas bajo su señorío para plantar allí la fe y abrir puerta franca al Evangelio. En este punto, como en tantos otros, la norma de enjuiciar rectamente no la hemos de buscar en las ideas de ahora, sino en las de entonces./ Más en la ocupación española (y en la portuguesa) se añadió otro fundamento decisivo [...]: la donación papal, explícita, absoluta» (1934, 70).

Al margen de ser, la suposición de Bayle, indemostrable diría que es falacia cuádruple en cuanto a diferencias de mentalidad. En primer lugar las denuncias más implacables fueron de coetáneos de los hechos, no sólo criticaron las guerras de

conquista, además, y por encima de todo, el trato que recibieron los agredidos, muchas veces sin ni siquiera la excusa de enfrentamientos bélicos, pues la mayoría, en una primera etapa, fueron cazados para esclavizarlos. En segundo lugar las acusaciones impactaron en la misma Castilla, obligando a los monarcas a reunir juntas de teólogos o elaborar legislaciones jamás cumplidas. En tercer lugar, los preceptos morales infringidos, prohibiendo o castigando asesinato, violación o abuso con los débiles, son tan antiguos como la humanidad, regían miles de años antes de 1492 y no han variado. En cuarto lugar los estados siguen abusando e irrespetando los derechos más elementales, ahora a finales de la edad media o mucho antes, provocando denuncias como las del siglo 16. Por desgracia hay tantos casos, en la mente de todos, que es imposible invocarlos, podría recordar Perú, Palestina, Yugoslavia⁹ o parapoliciales asesinando niños en Brasil.

2. 5. Providencial, teológica, españolista y franquista

Isabel I es *leiv motiv* de Fuente, «Todo iba por buen camino para que esta ilustre Reina de Castilla subiera al honor de los altares en el 1992 hasta que se alzó la tenaz oposición de los judíos que han pedido - ¡y al parecer han obtenido! - la suspensión cautelar del Proceso para no poner en peligro el diálogo judeo-cristiano postconciliar» (89). Recuerda intento anterior debido a «los buenos oficios de *discípulas* como Pilar Primo de Rivera en *tiempos mucho más propicios*» (92). Insiste sobre la cuestión, «Los Reyes Católicos son odiados y calumniados por ser tales, es decir, católicos. Protestantes, judíos y masones son los creadores y mecenas de esta descomunal campaña internacional denigrando y oponiéndose a la Causa de Beatificación de Isabel la Católica»(94-95). Aquéllos «se disponen a librar batalla contra la España de Recaredo, de los Reyes Católicos y ... de Francisco Franco, que denunció en la Plaza de Oriente la conspiración judeo-masónica que todos conocen y que nadie se atreve a combatir» (97).¹⁰

Como era de maliciar las críticas que más le duelen son las de otros eclesiásticos, jesuitas, Justicia i Pau o la «Teología de la Liberación que van a 'misionar' a América, no con la Cruz de Cristo en la mano, sino con el pistolón al cinto, predicando el evangelio de Marx y teorías tan peregrinas como el derecho de los individuos, los pueblos y culturas al error, la idolatría y la barbarie» (74). Decía al principio «Hoy como ayer, España sigue siendo el blanco de los tiros protestantes, la diana de las flechas indigenistas y el epicentro mismo de una conjura internacional promovida por los 'hijos de Lutero', 'los hijos de la Media Luna', los 'hijos de la Viuda' y los 'hijos de la Pasionaria'» (7-8).

9 . Denuncias sobre atrocidades en Bosnia, campos de concentración o violación por sistema, recuerdan las Indias de la conquista. Cfr, pongo por caso, *El País*, 10/08/92.

10 . Nicolás de Jesús López Rodríguez, cardenal arzobispo de Santo Domingo y presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, uno de los más fervientes defensores de la beatificación de Isabel I, manifestó el pasado enero sobre los sacerdotes progresistas, «Que se vayan lo antes posible. Y yo creo, es mi opinión personal, que una vez que *los* casemos y den con una mujer que los maltrate bien, se van a amansar», cfr. *El País*, 15/07/92.

Piña enjuicia de forma parecida la colonización pero va más allá, «Sólo Dios sabe si fue [Serra] el más genial, el más heroico o el más entregado de aquellos frailes. En todo caso, y concorde con la óptica cristiana, todos ellos fueron fieles instrumentos en las manos de Dios [...] [Serra realizó el] maravilloso esfuerzo humano de respuesta a los planes divinos» (123). Si para él es designio divino, la **CE**, como Borges, enfatiza la obra civilizadora, «Cortés aprovechaba cualquier ocasión para hacer proselitismo cristiano con el fin de sacar a aquellas gentes de su barbarie. El famoso conquistador de México tenía dotes de predicador y una vivencia de la fe cristiana que facilitó sus ansias misioneras» (C3G4).

Quizás es discurso más enfervorizado el del jesuita Bayle y bueno sería recordar que publicó *España en Indias* porque les dolió, a él y a Múgica y Urrestarazu, presidente de la Unión Misional del Clero, lo que decía otro eclesiástico del exterminio de aborígenes¹¹. Afirma, pongo por caso, «Porque si la Providencia de Dios escogió a España para llevar el Evangelio a América, y reparar con el bosque infinito y frondoso de las cristiandades allí fundadas los ramos podridos que del árbol de la iglesia desgajó la herejía - y gloria es que nadie le disputa y los Sumos Pontífices la celebran, - tan maravilloso resultado se logró por las armas, por los bríos, por el valor indomable y por la fe honda en sus destinos misioneros de los conquistadores, a los que Carminati llama horda de chacales hambrientos» (1934, 356). Había dicho páginas antes, «!Ensanchar los límites de España hasta los límites del planeta; cobijar bajo sus estandartes tierras y mares infinitos; conseguir que el sol en su curso jamás dejara de alumbrar el imperio hispano, no fue servicio, antes deslealtad que ni con la horca ni con hacer cuartos a los ejecutores de la *hazaña* se castigarían debidamente: los millones de indios *llamados* al Evangelio: los centenares de casas religiosas y de iglesias, los obispados, los colegios, las almas recogidas en la gloria, no fueron Servicio de Dios ¡! Turbios ojos los de Las Casas, sin luz más que para los atropellos ¡ [...]. En conclusión: repito que si América había de ser española, o lo que es igual, civilizada y cristiana, las encomiendas con sus imperfecciones, con sus abusos, con los atropellos del fuerte al débil, cada vez más raros y tenues, por la vigilancia de la ley, moralmente no podían suprimirse» (1934, 205-206).

Bayle culmina su obra con curiosa tesis, «Hay un reparo, el único posible : que la buena voluntad de los monarcas se estrellase en la apatía o dureza de los gobernantes subalternos, y los sacrificios del real tesoro los esterilizaran la holganza de quienes los recibían [...]. En el caso presente urgir la objeción [de que las Leyes se acatan pero no se cumplen], además de absurdo, es necio: porque está a los ojos de cualquiera el resultado, la cristianización de los indígenas, conseguida totalmente, fuera de los rincones de la selva, en los tiempos de España. [...] y es general: que de la violencia de la conquista sirvióse Dios, para allanar el camino al Evangelio, y que la pérdida de la libertad (! la que tenía el pueblo entre los ingas y los aztecas ¡) y otros bienes quedó ampliamente compensada con la fe» (1934, 421). Lo providencial incluso disculpa a «Pedrarias, el alma negra de Pedrarias», tomó posesión del Pacífi-

11 . El *Compendio de Missiologia* de Cesare Carminati, S.C. publicado en Bérgamo el 1929. En la obra de Bayle, en la Introducción y en el texto, hay constantes referencias e intentos de refutación.

co invocando a María y poniéndose bajo su protección, para que, «convirtamos las gentes dellas a nuestra Sancta fee Católica»(1934,424).

La visión metropolitanista de la agresión tiene officantes más allá de sus fronteras, en el resto de Europa y, por supuesto, en América Latina, donde muchos historiadores recuerdan su herencia castellana y cristiana¹². Bayle aporta un par de citas, según el colombiano Martín Restrepo Mexía: «Dueños ya de la tierra americana, no la consideraron como simple campo de explotación, sino como patria adoptiva [...]. No la colonizaron como han hecho otras naciones, barriendo de nativos el suelo conquistado, recluyéndolos en regiones remotas, o, donde esto no ha sido posible, limitándose a aprovechar sus servicios [...] sino que se mezclaron con los naturales, considerándolos dignos de la comunidad humana, trabajando por ponerlos a su nivel intelectual y moral, y los prepararon así para la vida política de la civilización cristiana [...]. Sobre los horrores de la conquista, porque toda guerra los produce, hubo una acción piadosa, conciliadora, cristiana»¹³.

Parecer similar al de Borges, «sin pretender arrebatarse a la corona y a sus representantes el *mérito* que les corresponde, el civilizador por antonomasia fue el misionero [... imprescindible ya que] el proceso exigía una entrega, un tiempo, una presencia entre los nativos, un sacrificio, una libertad económica y un desprendimiento de los que no gozaban las autoridades, los funcionarios ni los pobladores americanos» (14-15); o el misionero era «un hombre moralmente *selecto*, pues de lo contrario no habría sido admitido ni a la profesión religiosa ni a la ordenación sacerdotal» (16). Parecer en contradicción con otras afirmaciones suyas.

2.6. Racista, etnocéntrica, ecocida y machista

Estas son otras peculiaridades de la **Lal**. El embrutecedor racismo, desde 1492 patrimonio indisoluble de la cultura occidental, aparece por doquier; para González «La fe y la moral cristiana presentaban también factores negativos para la evangelización por su elevación filosófica y teológica, la incomprensibilidad de sus misterios, su moral exigente y contrapuesta a la pagana» (11). Borges es contumaz, pero como acabo de decir contradictorio, a las misiones no se mandaron lumbres «porque no se consideraron necesarios grandes conocimientos para evangelizar y civilizar a

12 . He realizado una primera y muy primaria aportación a la temática en «Caballos, canes, conquistadores y cruzados» para el *Anuario* del IEHS de Tandil, Argentina, 7 (1992).

13 . Discurso pronunciado en la Academia Colombiana de la Historia precisamente el 12 de octubre de 1930 y publicado en la *Revista de España* (oc-di 1930). Citado por Bayle (1934,445-446), añadiendo «¡Quién aún en la época actual puede alardear de otro tanto, que se presente; ... *medio planeta* convertido de *salvaje* y *bravío* en *civilizado, español y cristiano*». Mientras para Lucas Ayarragaray (La Iglesia en América y la dominación española, Buenos Aires, 1920, 17) «Fue en esencia la ideología del proselitismo religioso la concepción inicial que impelió a la España idealista y heroica hacia la conquista de América [...] proseguir más allá del mar océano en profundos países de gentiles la cruzada que había desbrozado la tierra natal de la *ralea de moros y judíos* y encarnar en la monarquía unificada la misión de campeón universal, difundiendo y sosteniendo la doctrina de Cristo, era por cierto empresa capaz de embelesar el orgullo aristocrático y el humor aventurero de los paladines del trono y del altar» (1934, 446-447).

pueblos de inferior nivel cultural» (16); e insiste «La reiteración sobre 'barbarismo' y 'brutalidad' de los indios provocó que los superiores de las órdenes prefiriesen [...] fueran a América los miembros menos valiosos de sus respectivas provincias» (46). El listado es infinito, «en 1789 un obispo de Nueva Granada aún seguía expresando el deseo de que los indios 'aprendan nuestra lengua y nuestras costumbres' para que dejaran de ser brutos y se transformaran en hombres» (55-56), o «Indudablemente, la costumbre de dormir en alto [...] supone, por su mayor comodidad, un grado de civilización superior a la práctica de dormir en el suelo» (196). Borges insiste, es su tesis, en el carácter civilizador de los misioneros católicos españoles que pretendían inculcar una concreta cultura. Así, «los franciscanos de las misiones de Talamanca (Costa Rica) aparecen en 1797 enseñando a las mujeres, o preocupándose porque aprendieran a tejer, coser, lavar, cocinar 'y servir a los demás oficios comunes de las casas', del que se excluía la lectura./ En las misiones franciscanas del Orinoco se aspiraba [...] a que el maestro de niños estuviera casado para que de esa manera su mujer se pudiera dedicar a enseñar a las niñas 'a coser y laborar y los demás oficios mujeriles de que tanta necesidad tienen estos indios por su demasiada rusticidad, desaliño y negligencia natural'» (224/25).

Tengo por más eurocéntrico y racista un ataque de Fuente, «Hay un afán desmedido y desmadrado entre los defensores del 'indigenismo' a ultranza queriendo colocar en un plano de igualdad, hermandad y legitimidad la cultura cristiana llevada a América por los conquistadores españoles y las culturas precolombinas ancestrales atropelladas injustamente y destruidas sin piedad por la Conquista [...]. Puestos a resucitar mitologías paganas y cultos de dioses falsos, resucitemos los mitos y leyendas de la religión y cultura helenas que nos ennoblece y dignifica. Reavivemos el hermoso mito del nacimiento de Venus diosa del amor e hija del mar. [...] La estética, la liturgia y la superior cultura greco-latina es patrimonio de la Religión Católica que la hizo suya y la supo encarnar entre los pueblos bárbaros de su tiempo [...]. Los pueblos y naciones tienen el derecho y el honor de aspirar a una superior jerarquía de valores en el Arte, la Religión y la Cultura. Y eso les brindó España a los pueblos aborígenes de América. No fue a explotarlos y esclavizarlos, sino a hacerlos hijos de Dios y a liberarlos de la ignorancia, la barbarie y la violencia de los dioses y de los caciques» (121-123).

Bayle es capaz de evidenciar menosprecio mayor, «Lo malo del requerimiento era que estaba redactado para hombres cultos, y se leía a medio bestias» (1934, 79).

2. 7. Exageraciones, falacias y mentiras

La Historia Oficial abusa de falsedades, que bien poco tienen que ver con lo ocurrido en el pasado y la cantidad de embustes es directamente proporcional a lo que de la realidad se quiere escamotear. La **Lal** resulta al final extravagante desfigurando culturas aborígenes y enmascarando canalladas de los agresores. Intentos de explicar la innegable hecatombe demográfica han generado grotescas supercherías pero llama la atención que giran alrededor de disminuir la cantidad o buscar raras causas de la mortalidad, cuando lo sorprendente no es que fallecieron millones de

aborígenes en tan poco tiempo, eran mortales, sino que las mujeres se negaran a parir y a reponer los desaparecidos, nunca se preguntan por la causa de este desgaño vital como lo llamó Nicolás Sánchez-Albornoz.

Fuente reproduce fragmentos de «España no despobló América»¹⁴: «los españoles de aquellos días, como los demás mortales, tenían la guerra como lícita y justa; y no se puede atribuir a crueldad hispana lo que era práctica común de *todos* los pueblos de la tierra [...]. La disminución de la población indígena, se debió a causas bien determinadas. Quizá la primera fue el mestizaje [...]. Luego vendría el aumento de los vicios y las venganzas tribales, con el empleo del veneno en sus largas cerbatanas, que liquidaban familias enteras desde la sombra de la selva, sin presentar batalla el agraviado. Habitaba [sic] también el hambre, que hacía comestible al pariente más cercano en un baile de supervivencia salvaje./ El alcohol haría verdaderos estragos. [...] El olor agrio de la chicha, por muy escondida que estuviese atraía a los indios como moscas, y caían como tales. [...] Ahora queda por decir el daño que ocasionó el sarampión y la viruela [...] pero los españoles, pusieron todos los medios de higiene a su alcance para cortar el mal donde brotase, según consta en todos los archivos especializados en la materia. Así es la historia real de una tierra donde el contingente humano no necesitaba la presencia española para morir o despoblarse de forma tan alarmante»(80-84).

Se intenta justificar la agresión con afirmaciones estrafalarias, «Los españoles tuvieron una feliz entrada en la capital azteca y una acogida muy amistosa de su Emperador. Pero esta misma acogida creó para Cortés una difícil situación política que no pudo romper sino apelando a la violencia»(C3G2). Aunque quizás es más sorprendente, y falsa, la excusa inventada por Montalbán, olvidando el precedente andalusí y canario, «En las Antillas se produjo el primer choque, ciertamente rudo, entre los conquistadores o colonos españoles y los indígenas: era el primer ensayo de colonización, y las *novatadas se pagan*. Pero aún allí, desde el primer momento, sale a flote la idea de evangelización y colonización de los indígenas» (332). Bayle, por su parte, utiliza las Noticias secretas de Juan y Ulloa, como autoridad, para decir no era tan duro el trabajo en las minas (224), pero no acepta, al contrario, su opinión sobre los obrajes (233) significando en nota a pie de página «No son muy seguros los informes de los célebres marinos, que a veces hablan de oídas, vagamente, sin precisar nombres ni lugares».

Hay exageraciones eclesiásticas, una falacia niega carácter represor a la evangelización e incluso sostiene fue voluntaria. Para Bayle, «Meter la fe a cuchilladas, lo de cree o muere, que ponen en boca de los conquistadores, sí es herejía, digo el sostenerlo como doctrina: más tal no pensó *ningún* gobernante y menos ningún teólogo no mahometano. Lo que sí defendían muchos y con razón, es que las armas, en los pueblos *no sometidos y bárbaros, donde el derecho de gentes nada significa*, pueden y deben acompañar, física o moralmente a los predicadores, a fin de sostener contra posibles atropellos su vida y su predicación: y en América, con doble motivo, admitida la célebre Bula. No se obligaba a nadie a convertirse ni bautizarse; sí a

14. *El Alcazar*, Madrid, 3/08/1988.

permitir la doctrina cristiana y a respetar la seguridad de los misioneros» (1934, 429-430).

Intenta, con una frase, justificar y sacralizar la invasión, «España tiene las manos limpias y la conciencia inmune de las crueldades que cometieron algunos de sus soldados; porque las cometieron contra la voluntad expresa y mil veces recalcada de los Reyes. Por el contrario, la evangelización es obra suya, porque desde los albores la puso encima de su programa colonizador, lo primero y principal, sin descacer, sin reparar en gastos, por tres siglos» (1934, 389). Y casi como colofón las con-sabidas patrañas, colonización por Castilla de todo el continente (no gran cosa más de un seis por ciento del territorio), y descalificación de quienes rechazaron su obra civilizadora resistiéndose (señoreaban el 94% restante), tenidos por animales que no se dejaban cazar, «Gracias a los esfuerzos mancomunados del Rey y de los conquistadores y de los frailes, en menos de un siglo el inmenso continente era cristiano, y la Cruz, al par de los pendones reales, se arbolaba desde Nuevo Méjico al Río de la Plata, quedaron cotos de barbarie entre las montañas y las selvas, invencible obstáculo a los humanos esfuerzos, y como en frase gongorina dijo el virrey Castel-Fuerte, 'vegetable infierno que se mantiene contra el cielo ... Como no hay arte de arrasar inmensidades, no hay poder para allanar sus términos'» (1934, 433).

He mencionado embustes sobre la esclavitud, pero Bayle se crece, los africanos llegaban a Cartagena lastimados, pero «Una vez repartidos entre los compradores, cambiaban: de seguro que la mayor parte abrió nueva vida más holgada y feliz que la de sus bosques africanos si el destierro y la esclavitud no pesara tan incomportablemente. Hasta en robustez y gallardía ganaban» (1934, 346). Y dice en la página siguiente «Gracias a las providencias de los gobernantes y al espíritu cristiano del pueblo, el esclavo llegó a olvidar sus cadenas; pesaban tan poco que no se sentían; y eso poco iba compensado con la seguridad de la protección, del hogar, del *cariño*». O «Las cadenas de la esclavitud fueron siempre tan holgadas y livianas que al demasiado ocio y libertad consentida por los amos atribuían mucho el descaro y atrevimiento de los negros contra los indios y los frecuentes conatos de rebeldía en el siglo XVI» (352).

2. 8. Violación o mestizaje

Otro exabrupto de la **Lal**, los españoles no eran racistas, tiene dos corolarios, ni aniquilaron a todos los aborígenes (como hicieron otros europeos) ni tuvieron inconveniente en yacer con las aborígenes (nunca se dice que las castellanas yacieran con indios). En cuanto a lo primero, como todo conquistador, los castellanos esclavizaron a los excedentarios (ya aceptaban antes de 1492 trabajar para otro y un estado represor y violento) e iniciaron largo proceso de exterminio de autosuficientes, cazadores/recolectores. En cuanto a lo segundo es ignominioso utilizar tantos eufemismos para referirse a la pura y simple violación de tantas mujeres aborígenes, uno de los rostros de la violencia de los agresores.

Piña menciona misiones rodeadas de murallas y soldados para protegerlas (93), pero reconoce el comportamiento de éstos, denunciados por Serra al virrey, «cada

mañana partían a caballo, en grupos de a seis, y, acostumbrados a coger a lazo vacas y mulas, daban caza a las mujeres indígenas y se apoderaban de ellas en la misma forma. A los maridos les daban muerte, disparándoles sus fusiles, cuando intentaban defender lo que era suyo ... Llegaron incluso a *mancillar* a los pocos niños recogidos por los religiosos en la Misión»(97). Según la **CE** a pesar de injusticias y abusos, «se respetó la raza de los indios nativos, se la protegió, y los mismos colonizadores mezclaron su sangre con los naturales de las tierras, formando familias, al margen de cualquier segregación racial» (C1G3). Bayle riza el rizo, las leyes castellanas se ocuparon de las mujeres: «Miraron así mismo por la libertad y santidad del matrimonio. [...] A resguardar su honestidad iba la prohibición de servir las solteras a los caciques, ni andar solas pastoreando ganados, ni aún acudir a la doctrina sino con sus padres» (1934, 235). Y dice en sus conclusiones, tras el ditirambo de la colonización, «Sólo a España se le pudo ocurrir que los bárbaros sometidos por sus capitanes no eran sus vasallos, sino sus hijos, e hijos menores de edad en la fe y en la policía [...]. Y adviértase [...] el hecho único en la historia de la colonización de que los indígenas no sólo se conservaron, se hicieron cristianos, sino se fundieron en la raza conquistadora, hasta dar origen a la población mixta, que es la base social y étnica de las repúblicas hispánicas» (1934, 443-445).

2.9. Ocultar los problemas morales en el desván de la vileza comparada

En última instancia, cuando ya no quedan más coartadas, la **Lal** sostiene, que siempre fue así (indemostrable pues sabemos bien poco de la humanidad de hace milenios) o todos los conquistadores han hecho lo mismo, cierto, pero no es justificación. De nuevo Bayle con la socorrida afirmación «En Africa la esclavitud era corriente» (1934, 327) o más estrafalario, «los esclavos ni los hacían ni los sacaban de sus tierras los españoles, era monopolio portugués» (328). Y frase lapidaria como colofón, «Más si los otros pueblos de Europa o no entendieron o no merecieron de Dios tan preclaras empresas de civilización y cristianismo, no dejaron de enviar allá representantes suyos, burlando las leyes que vedaban el embarque a los extranjeros: no los suficientes para atribuirse los laureles, sí para que de la uña saquemos el león, y lo que hubiera sido de las Indias de caer en manos como las tuyas, no refrenadas por las leyes que dieron nuestros Monarcas, y otros juzgando por lo que en Europa hacían y después han hecho donde sentaron su estandarte, no hubieran dado» (356). Bayle aportaba a continuación datos escalofriantes sobre Indonesia, Australia, Congo exbelga o el resto del Africa.

Mencionaba más adelante a *santa Isabel I* (385), otra obsesión, lo recuerdo, del padre Fuente, enfatizando, «De aquí puntualmente arranca la diferencia entre las conquistas españolas y las de otros pueblos: que para nuestros antepasados el ideal, no único, sí el más alto y vivo, estaba en aunar el servicio de entrambas Majestades, en que el descubrir tierras y someter tribus fuese desbrozar el camino a la Cruz y al Evangelio. Más que el resplandor del oro y los laureles del triunfo alentaba a los soldados el pensamiento de que eran mensajeros de Dios, brazos de que la Providencia se servía para la gran obra de ensanchar los ámbitos de la cristiandad» (1934, 386-388).

2.10. La obra civilizadora de España

La *Lal* insiste, es pieza esencial de su perorata, España no sólo colonizó América, por encima de todo, con generosidad que no han tenido otras metrópolis, llevó una lengua, una religión (única verdadera) y, en conjunto, una civilización para salir del atraso y la barbarie. Dicho de otra manera, alguna violencia al margen, los aborígenes aún ganaron incorporándose a Occidente con España. Se puede afirmar de forma telegráfica, como sugerencia, «Desde el comienzo se realizó la conquista y la promoción de los pueblos al mismo tiempo» (C1G7), o con detalle, «El descubrimiento supuso para América: [...] El avance de técnicas agrícolas, incremento de nuevas plantas, cuadrúpedos de gran tamaño, mejora de la dieta alimenticia, alfabetización, etc. [...]. El descubrimiento supuso para el indio [...] oportunidad de elevarse, formarse para una nueva cultura [...]. La opinión que los indios tenían de la Corona era buena, pues les defendió con leyes y les reconoció sus derechos» (C2G2).

Borges paladín de la idea tiene a los misioneros por civilizadores, «La identificación de la civilización del indio con el estilo o manera españoles de vida, es decir, con la hispanización del indígena americano, tiene un carácter predominantemente oficial y se remonta a una fecha tan temprana como 1503. Este año la corona le expresó al gobernador de la Española, Nicolás de Ovando, que los indios debían vivir 'según y de la manera que tienen los vecinos de estos nuestros reinos' [...] debían además aprender a guardar y administrar sus propiedades» (51). Lo que puede expresarse con variantes, para los aborígenes, «Las ventajas de la vida civilizada consistían en disponer de los suficientes víveres para la subsistencia mediante el cultivo de la tierra con utensilios que desconocían, en librarse de las guerras con tribus vecinas, en gozar de comodidades personales, familiares y sociales de las que no tenían idea y hasta de poder servir a un rey tan grande como el de España» (133). Y atribuye las fugas de las reducciones, «a la inconstancia y deseo de libertad de los naturales, a las persuasiones de otros indios y a la excesiva rigidez o codicia de los corregidores españoles, a la penuria económica de la reducción o el deseo de volver a sus borracheras e incontinencias o a su inclinación 'a vivir como fieras', a la abundancia de pesca y caza en sus antiguos lugares de residencia, e incluso a que 'siendo más delicados que un vidrio', el misionero les había mirado con enojo o les había dirigido 'una palabrita menos dulce'» (170 -171).

Bayle justifica mecanismos de coerción como la encomienda por la incapacidad intelectual aborígen: «clave de la política española en Indias, cien veces consignada en las reales cédulas y en la Recopilación: los indígenas eran niños, con la imprevisión, liviandad, inconstancia, indolencia de niños: necesitaban tutores que los avezasen al trabajo, aún contra su gusto, y nacieron las encomiendas: necesitaban, para salvarse y ser hombres, la fe y la policía o civilización, y de grado y por meras persuasiones, no podía esperarse el logro, porque ni codiciaban ni entendían su provecho: y de ahí las órdenes de juntarlos en pueblos, arreándolos o poco menos, de conducirlos a la doctrina como se llevan a los chicos a la escuela. Guiados por el encomendero, caminaban despacio y seguro a su perfección religiosa, moral y social: dejados a su talante, en dos días saltaban al estado primitivo» (1934, 179).

He mencionado racismo y eurocentrismo del jesuita, abusa de ellos y de ridículas exageraciones justificando de nuevo la encomienda: «En verdad; a quien desapasionadamente medite el cambio que América recibió en poco más de medio siglo: ciudades sembradas a voleo en sus infinitas extensiones; caminos de herradura que hendían las cordilleras; puentes que abrazaban los opuestos bordes de los abismos; los campos, agradecidos a las nuevas semillas, devolviendo el ciento por uno en cereales y legumbres; las dehesas, patrimonio inmemorial de tigres, rebosantes de ganados nunca antes vistos; bueyes para la labor; mulas para el acarreo; ovejas de sedosas lanas para la ropa; la agricultura mejorada en mil por uno; la ganadería creada de raíz; las industrias, infantiles antes, vigorosas y enriquecidas; [...] y, por encima de todo, iglesias y conventos, focos de civilización cristiana, alzados por doquiera, derrocados los hediondos y crueles ídolos; la cruz enhiesta en los montes, la fe salvadora dulcificando los pechos salvajes, levantándolos el [sic] nivel de la raza llovada del cielo, iguales ante el Rey, de quien todos eran vasallos libres, y ante Dios, para quien no hay bárbaro ni escita: repito que a quien mire la transformación total del Nuevo Mundo y estudie sus causas y factores, las encomiendas [...] no pueden parecer como las pintan sus adversarios, sino como providencia casi insustituible para la consecución de todas estas bienandanzas» (1934, 237).

Defendiendo la obra civilizadora de España se puede ir más allá. Los aborígenes de la actual California eran pacíficos y carecían de malicia, lo que les perdió ante los occidentales, habían organizado una armónica relación entre ellos y con su entorno, se sentían formando parte de la naturaleza y jamás se les habría ocurrido destruirla, habían conseguido un sensato aprovechamiento de los recursos que ésta brinda espontáneamente. Pero para Piña, Serra, «con el objeto de elevar la calidad de vida de aquellas gentes, les enseñará a amar la tierra por cuanto esta puede ofrecerles para su bienestar, y a conocer y asumir las leyes y técnicas que permiten su mejor aprovechamiento, desde la siembra adecuada del maíz y del trigo hasta las que permiten la buena cría del ganado [...los franciscanos] primero redimen a los indios de su *miseria*, de su dependencia de las fuerzas ciegas y a menudo adversas de la naturaleza, les enseñan a dominarla y a alcanzar de ella los recursos necesarios para su sustento, su vestido y su vivienda; luego, porque la civilización es también una actitud ante la vida, les enseñarán los principios de la solidaridad cristiana, de modo que, totalmente contrarios al apartheid propio del mundo anglosajón, incluso estimularán la unión de la raza india con la de los colonizadores hispanos, dirigida a producir este fenómeno singular que es el mestizaje» (64-65). Insiste por si quedaba alguna duda, Serra «antes que nada atenderá a la promoción humana de aquellos *salvajes*, procurando desactivar paulatinamente su *agresividad* primitiva y aflorar su humanidad, al objeto de que alcancen a convertirse en *gentes de razón*,¹⁵ como así se autodenominaban los colonizadores blancos para distinguirse de lo indios, pese a que a menudo se comportasen ellos mismos peor que las bestias [...Serra] enseñaría amorosa y pacientemente a los indígenas a criar el ganado, a aprovechar *racionalmente* los recursos de la tierra [...] a tejer la ropa que cubriría sus cuerpos, a

15 . Cursiva del autor.

condimentar los alimentos»(132); «aquella semilla de civilización que él [Serra] supo echar en el gran surco del Camino Real, hace doscientos años, ha fructificado en una realidad esplendorosa» (140), dicho de otra manera el actual desarrollo material de California se debe a la colonización española.

Obras citadas

- BAYLE S.J., Constantino
El protector de indios, Sevilla, 1945, EEHA,175.
- BAYLE S.J., Constantino
España en Indias. Nuevos ataques y nuevas defensas, Vitoria, 1934, Editorial Illuminare, 449.
- BORGES MORÁN, Pedro
Misión y civilización en América, Madrid, 1986, Alhambra, 296.
- FUENTE DE LA OJEDA, A.G.
V Centenario. Fiesta de la Hispanidad, Barcelona, 1991, se, 166.
- GONZÁLEZ MORALEJO, Rafael
Los religiosos en la evangelización de América. Conferencia de ———, Obispo de Huelva, en la XLI Semana Española de Misionología, Huelva, 1988, Obispado, 18.
- MONTALBÁN, S.J., Francisco Javier
Manual de historia de las Misiones, segunda edición corregida y puesta al día por León Lopetegui, S.J., Bilbao, 1952, El siglo de las misiones, 728.
- PIÑA, Román
Catalanes y mallorquines en la fundación de California, Barcelona, 1987, Laia, 147.
- RUBERT DE VENTÓS, Xavier
El laberinto de la hispanidad, Barcelona, 1987, Planeta, 218.